PALABRAS DE PRESENTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR ALCALDE TOLEDO, DON JOSÉ MANUEL MOLINA GARCÍA

Buenas tardes:

El Teatro Municipal de Rojas acoge esta tarde la celebración de esta sesión pública y solemne de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, con el que se rinde homenaje a la figura del dramaturgo toledano Francisco de Rojas Zorrilla, de quien en este año 2007 se cumple el cuarto centenario de su nacimiento.

Francisco de Rojas Zorrilla es uno de los grandes autores y renovadores del arte dramático español del siglo XVII, siendo uno de los mayores seguidores de la escuela dramática establecida en torno a Calderón de la Barca. La altura de sus piezas teatrales le hizo imprescindible en las fiestas y diversiones de la realeza española. En un solo año, entre 1635 y 1636 se representaron ante Felipe IV y doña Isabel de Borbón, más de una docena de obras en las que él intervino como autor. En el año 1643 fue reconocido con la concesión del hábito de Santiago, ceremonia de la que fue escribano el gran poeta Francisco de Quevedo. De él se ha destacado que por primera vez en el teatro español dio libertad de acción a la mujer para poder vengar honores mancillados por sí misma y también eleva de categoría al personaje del figurón, que desde entonces sería imprescindible en estas comedias de género.

Entre sus obras sobresalen títulos tan emblemáticos como Del Rey abajo ninguno, o García del Castañar, Donde hay agravios no hay celos, Los bandos de Verona, Casarse por vengarse, El robo de las sabinas, Entre bobos anda el juego, Lo que son las mujeres o Don Lucas del Cigarral. Su muerte prematura, con apenas cuarenta y un años, truncó su privilegiada creatividad. No obstante, su obra dejó un poso importante en la historia de la dramaturgia española. Tan importante, que de su ingenio se conservan setenta comedias, quince autos sacramentales, entremeses y otro buen puñado de obras sobre las que hay dudas respecto a su autoría. Dos meses después de nuestro protagonista falleció en Soria otro gran dra-

maturgo con quien Toledo también está en permanente deuda: Tirso de Molina.

En recuerdo de su persona y de su obra, el Ayuntamiento de Toledo y el Patronato Municipal del Teatro de Rojas van a desarrollar en este año 2007 diversas actividades orientadas a homenajearle. Estos actos comienzan hoy con la celebración de esta Sesión Pública de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que será complementada con un recuerdo poético musical a nuestro dramaturgo, en el que intervendrán José Luis Navas, María Victoria de Ancos, Francisco Valladares y Lola Herrera.

Durante los próximos meses iremos desvelando los frutos de estos trabajos de homenaje, que se concretarán, entre otras cuestiones, en la edición de un libro sobre nuestro dramaturgo, una producción teatral propia de una de sus comedias, un ciclo de conferencias sobre su figura y su obra y un congreso internacional en torno a él.

Uno de los objetivos fundamentales de los actos de este centenario será reivindicar para la figura de Rojas Zorrilla un mayor protagonismo en patrimonio cultural de Toledo. La historia de nuestra ciudad no es solamente la crónica de los grandes hechos de armas y las grandes decisiones reales, es también el compendio del tesón, la lucha y el trabajo de sus hombres y sus mujeres. Quienes protagonizan los hechos más destacados suelen tener reservado un lugar en las glosas y en la memoria colectiva. A esos toledanos y toledanas memorables, nacidos o no en nuestra ciudad, se les suele recordar dedicándoles calles, plazas o poniendo placas alegórica en el lugar donde nacieron o vivieron. Forma parte de una tradición cívica, que conlleva un reconocimiento general para ejemplo y recuerdo de las generaciones venideras. Desde hace más de un siglo, la ciudad de Toledo recuerda a su gran dramaturgo habiendo dado su nombre a este magnifico teatro. En el año 1907 se fijó en un muro de la iglesia de El Salvador una placa recordando que allí fue bautizado el niño Francisco de Rojas Zorrilla el 27 de octubre de 1607. Varias fotografías de ese homenaje han sido reproducidas en la última edición de nuestra revista cultural Archivo Secreto. Actualmente, además, en honor a Rojas Zorrilla, el Ayuntamiento también mantiene un premio de teatro que lleva su nombre, dentro la convocatoria bienal de los Premios «Ciudad de Toledo».

En el mes de mayo de 1871 el gran cronista toledano don Antonio Martín Gamero, elevaba al Ayuntamiento de Toledo un memorándum

en el que proponía que el nuevo teatro que esos años estaba construyéndose, sobre los solares ocupados por el antiguo Mesón de la Fruta, fuese dedicado a la memoria de Francisco de Rojas Zorrilla. «Llamando a este Teatro de Rojas -decía-, invocaremos pues un recuerdo glorioso, pagaremos una deuda de gratitud al genio, y marcaremos a la edad presente el seguro derrotero que han de seguir, quienes en alas de la inspiración quieran remontarse a las regiones de la inmortalidad». La propuesta fue aprobada ese mismo día por la Corporación Municipal. Y así fue como este teatro adoptó el nombre de Rojas Zorrilla que ha conservado con el paso de los años.

Tras aprobar aquella denominación, aún hubo de esperarse tiempo para que este teatro alzase por primera vez su telón inaugural. Fue un 19 de octubre de 1878 y se puso en escena su obra Del rey abajo ninguno, o García del Castañar. La sesión fue ilustrada con un recital de poesía, durante el cual varias coronas de laurel fueron depositadas sobre un busto de nuestro protagonista.

Me satisface que la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo celebre hoy esta sesión en nuestro Teatro de Rojas. Hace cien años, este mismo escenario acogió los actos centrales del III Centenario de su nacimiento, con la celebración de unos extraordinarios Juegos Florales. Fue un 24 enero del año 1908. Cuentan las crónicas que sobre este escenario se había reproducido el antiguo salón de sesiones de las Casas Consistoriales, con un trono para acoger a la reina de la fiesta literaria flanqueado por las águilas imperiales. El gran artista Sebastián Aguado, profesor de la Escuela de Artes, diseñó un gran juego de luces eléctricas, para que el teatro presentase un aspecto soberbio. La sesión tuvo como mantenedor a don Alejandro Pidal y Mon, conocido poeta y miembro de la Real Academia de la Lengua.

Hoy otra Real Academia, la de Toledo, se congrega en este Teatro para honrar a nuestro gran Francisco de Rojas. En nombre del Ayuntamiento de Toledo les doy las gracias por hacerlo. Desde este momento invito a todos los toledanos a participar en los diferentes actos que en los próximos meses iremos realizando para honrar a nuestro gran dramaturgo y para que su recuerdo y su obra prendan más profundamente en la memoria colectiva de nuestra ciudad y de todos los toledanos, como su elegante escritura brilló con luz propia entre los dramaturgos de nuestro gran Siglo de Oro.

Señor director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Excelentísimo señor don Ramón González Ruiz, pueden comenzar esta sesión pública y solemne.

PALABRAS DEL EXCMO. SR. DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA, DON RAMÓN GONZÁLVEZ RUIZ

Comienza la Sesión pública y solemne de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo dedicada a la conmemoración de IV Centenario del nacimiento del poeta y dramaturgo toledano Francisco de Rojas Zorrilla.

Excmas. e Ilustrísimas Autoridades, Ilustrísimos Sres. Académicos, Señoras y Señores:

Muy pocas veces en su larga historia la Real Academia de Toledo ha salido de su sede oficial del Salón de Mesa para celebrar sesiones solemnes en recintos ajenos. Siempre que lo ha hecho se ha debido a causas en las cuales concurren circunstancias excepcionales. No más de 12 veces ha salido en sus casi cien años de existencia, a Talavera de la Reina, a Puebla de Montalbán, a Urda, a Illescas, a El Toboso y también a distintas instituciones de Toledo, pero nunca había gozado de la oportunidad de hacerlo en el ámbito de este Teatro. Por eso la invitación del Ayuntamiento a participar en los actos conmemorativos del IV centenario del nacimiento del dramaturgo toledano fue acogida sin vacilación alguna y aprobada por unanimidad en la Real Academia, ya que se trataba de homenajear a uno de los hijos más preclaros de Toledo en el mundo de las letras del Siglo de Oro. El hecho de que este acto constituya el inicio de las celebraciones que el Ayuntamiento de Toledo va a dedicar a Rojas Zorrilla a lo largo de este año constituye también un honor para la Real Academia, que probablemente es la institución cultural más veterana existente en esta ciudad. Una celebración semejante ya tuvo lugar en el anterior centenario de 1907. Corrió a cargo de un grupo de intelectuales y eruditos toledanos de entre los cuales habrían de salir la mayoría de los miembros que unos años después serían los creadores de Real Academia. Los académicos actuales, siguiendo la huella de los padres fundadores, nos sentimos verdaderamen-

te honrados en poder contribuir al esplendor del nuevo centenario, al mismo tiempo que agradecemos la deferencia que han tenido con nosotros tanto el Sr. Alcalde como el Concejal de Cultura y el Director del Teatro Municipal.

Las Reales Academias son instituciones de derecho público reconocidas como tales por el Estado, a las que la ley les asigna la misión de asesorar a las autoridades en la conservación del patrimonio histórico y artístico. Pero el quehacer de las Academias no se limita a una labor de asesoramiento, sino que cada una de ellas promueve múltiples actividades en consonancia con su naturaleza, con sus tradiciones y con las circunstancias del lugar donde se encuentra enclavada. Las Academias son corporaciones que por definición carecen de ánimo de lucro y se sienten plenamente emancipadas de servidumbres respecto de cualquier tipo de poderes políticos, sociales o ideológicos. Sus miembros entregan su tiempo, sus múltiples saberes y sus variadas competencias profesionales a la tarea de la salvaguardia y la promoción del patrimonio sin esperar una remuneración en el orden económico y profesional. En este sentido se equivocaría gravemente quien imaginara a las Academias como una especie de policía cultural. Muy al contrario, su cometido es positivo en cuanto que actúan como instituciones colaboradoras de las autoridades públicas en materia de patrimonio, eso sí, siempre desde una insobornable posición de independencia.

La Real Academia de Toledo quiere manifestar en este acto su compromiso con la sociedad toledana. Sus esfuerzos en favor de la cultura de Toledo no persiguen la recompensa ni siquiera el aplauso, porque los Académicos se sienten suficientemente remunerados con la satisfacción del trabajo realizado en favor de una causa noble que todo lo merece. Eso no obsta para que la Academia también aspire a ser más y mejor conocida por los toledanos, porque quiere vivir en sintonía con el más vivo palpitar de la ciudad.

La Real Academia de Toledo celebra dos tipos de sesiones: las ordinarias que se tienen cada dos semanas y las solemnes que se convocan cuando la mayoría de los Académicos de Número lo estima conveniente y son abiertas y públicas. El desarrollo de ambos tipos de sesiones está sometido a un Orden del Día, que puede constar de uno o de varios puntos. Las sesiones solemnes pueden estar acompañadas a veces con ilustraciones gráficas, poéticas y musicales. El acto que celebramos esta tarde en el Teatro

de Rojas asume el formato de una sesión académica solemne inserta en un acto más amplio y general. La sesión propiamente dicha consta de un solo punto del Día, a saber, de una conferencia sobre el dramaturgo Rojas Zorrilla, que impartirá un Académico Numerario. La breve exposición irá acompañada de piezas musicales originales, compuestas para esta ocasión, ejecutadas por su autor don José Luís Navas y cantadas por la soprano Ilma. Sra. doña María Victoria de Ancos, Académica Numeraria. Contamos también con la colaboración excepcional de dos relevantes profesionales de la escena española bien conocidos de todos, don Francisco Valladares y doña Lola Herrera. Sobre todos ellos va a recaer el peso principal de la Sesión.

Tiene la palabra el Académico Numerario Excmo. Sr. Doctor Don Félix del Valle y Díaz, el cual irá dando entrada a cada uno de los artistas que van a intervenir.

ROJAS ZORRILLA, ENTRE JUSTAS POÉTICAS Y VEJÁMENES

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ
Numerario

Excmo. Sr. Alcalde, Excmo. Sr. Director, Ilmos. Srs. Académicos, Señoras y Señores:

Al encontrarnos hoy en un teatro y abriendo además las celebraciones del cuatrocientos aniversario del nacimiento de un toledano poeta, comediógrafo y dramaturgo, creador de ficciones y fantasías para ser interpretadas en escenarios como el que hoy -que lleva su nombre- pisamos, permítanme ustedes que me atreva yo a envolver mi conferencia en una nebulosa onírica que pueda hacer asomarnos en el tiempo, retrocediendo o avanzando, en lo que podríamos llamar una licencia literaria.

Yo firmé como testigo en su bautizo procurando escribir de forma clara mi nombre: Pedro Díaz Morente, pues no había que hacer peligrar mi bien ganada fama de experto calígrafo. Le bautizamos en la iglesia parroquial de El Salvador, en pleno corazón de Toledo, casi en la frontera de la Judería, en la encrucijada de seis calles y dos callejones sin salida con vocación de adarves. La más ancha y principal de las calles conducía a la parroquia de San Martín, llamada luego de Santo Tomé. La que podríamos denominar la segunda siguiendo el orden de su disposición, era en la que vivían mis amigos, el alférez Francisco Pérez de Rojas y su esposa Mariana de Vesga Zorrilla, calle que entonces se llamaba «del peso del carbón» pero que los descendientes de mi amigo, un par de siglos después, categorizando el apellido por su elevada posición social, propiciaron el cambio de su nombre. La siguiente, de la Trinidad, es la que en aquellos momentos albergaba el monasterio de Trinitarios, cuyo edificio se ha recuperado felizmente, según me han dicho, convirtiéndolo en archivo municipal y en salón de exposiciones. La calle siguiente es la calle de El Salvador. La quinta de ellas, la de Santa Úrsula, lleva a la casona en la que

después viviera Eugenia de Montijo. Y la sexta es la que comienza justo enfrente de la que hoy es puerta principal de la iglesia, la calle del Taller del Moro, que tengo para mí que, aunque se esté diciendo que el taller que da nombre a la calle es el taller que fue de canterías de la Catedral y en cuyos salones se guardaban enseres de la primada, quiero yo pensar que su nombre se deba a que en ella estuvo instalado el taller del espadero Julián el Moro, traído de Granada por el Rey Católico que fue su padrino de bautizo en su conversión al cristianismo, y le hiciera regalo, por qué no, de las casas de yeserías mudéjares en las que el Moro montó su obrador. Los dos callejones sin salida son el de «El Salvador» y el cercano del «Alarife», en el que viviera un ilustre albañil o arquitecto mudéjar.

Mientras llegaban mis amigos con el niño al que se iba a cristianar, atamos las bridas de los caballos a las argollas para este menester dispuestas en la fachada lateral de la iglesia.

Nosotros, mi sobrino y yo, nos habíamos ataviado para la ocasión, para aquella fiesta de cristianar a un recién nacido de tan sólo veintitrés días, vistiéndonos como a lo que entonces llamaban «la moda francesa»: greguescos de seda y terciopelo y capa oscura, ciñendo espada ropera al tahalí.

En cuanto llegó mi amigo, nos fundimos en un abrazo al tiempo que me decía:

-¡Oh, mi amigo Pedro! Espero que en esta ceremonia confirmes tu promesa de enseñar a mi hijo a leer y a escribir de la forma que sólo un buen calígrafo como tú sabe hacerlo.

Confirmé mi compromiso que cumplí pasados los años, con el resultado de que aquel hijo de mi amigo, al que pusimos por nombre Francisco de Rojas Zorrilla, aventajó en las letras incluso a mi sobrino, mayor que él y que me acompañó en su bautizo.

Fue una ceremonia sencilla pero excelsa. Cuando salíamos de aquella pequeña iglesia tras haber contemplado emocionados su bella columna visigoda recuerdo del culto arriano, y las piedras visigóticas también, incrustadas en su torre con gran acierto, para no olvidar la historia, por aquellos alarifes mudéjares a los que nos recordaba el nombre del ya citado callejón cercano, yo iba repasando, ¡oh, misterios de la metafísica!, la vida por venir del recién bautizado. Mientras mi imaginación se perdía en el futuro avanzábamos hacia el hogar de los Rojas escuchando la algarada de

la chiquillería siempre al acecho de los bautizos que, dirigiéndose al padrino, demandaban algún ochavo:

-Echa un chavo, ruin... Echa un chavo, ruin...

Yo le enseñé las letras y lo que pude. Después estudió Humanidades en Toledo y me dijo que estudió también en Salamanca, donde dejó un rastro de su talento con sus obras: «Obligados y ofendidos» y «Lo que quiere dar el marqués de Villena».

A sus veinticuatro años, le fue solicitado por Pellicer y Tovar un soneto para publicarlo en el libro «Anfiteatro de Felipe el Grande», que festejaba el hecho de que Felipe IV matara un toro de un arcabuzazo.

Y a sus veinticinco, ya se decía de él que era «un poeta florido, acertado y galante, como lo dicen los aplausos de las ingeniosas comedias que tiene escritas».

Muchas fueron por cierto las que escribió, que no es menester que yo mencione sus títulos hoy, pues, de hacerlo, pudiéraseme tildar de viejo enseñoreado de mi discípulo, o de pretencioso por querer atribuirme algún galardón como partícipe de sus éxitos. Cuando yo sé que en verdad lo único que hice fue guiar sus primeros pasos en la escritura y en la lectura; y enseñarle a pensar y a que fuese capaz de trasladar su pensamiento al papel de donde pudiera transmitirse a sus semejantes.

No ha de cegarme mi cariño de testigo de su bautismo y de primer maestro. Créanme vuestras mercedes que no exagero si les digo que, a pesar de que no murió de viejo, escribió más de 70 comedias, 9 autos sacramentales, 2 entremeses y más de 15 dramas, algunos de ellos en colaboración con otros dramaturgos. Sé muy bien, por haber leído algunos y haber presenciado la puesta en escena de otros, que los temas de las obras de mi apadrinado y discípulo son diversos; trágicos, de honor, de capa y espada, novelísticos, costumbristas y religiosos, puesto que escribió, como dije, autos sacramentales.

Fue buen cristiano mi discípulo, mas no guardó siempre bien los mandamientos; en el sexto falló: tuvo una hija ilegítima con una joven esposa de un discreto actor llamado como él mismo: Francisco de Rojas. Tal vez fuese por esto que añadió, siempre que pudo, su segundo apellido a cuanto hacía: Francisco de Rojas Zorrilla. No quiso ser confundido con su homónimo para poder llevar siempre la frente alta, sin peso alguno en ella. Fruto de sus encuentros con la joven esposa del comediante fue la

niña que llegaría a ser una actriz de fama llamada Francisca Bezón, «la Bezona». Casó después con doña Catalina Yáñez Trillo de Mendoza, de la que tuvo a su hijo Antonio Juan de Rojas.

Que no se juzgue del todo mal a mi discípulo por su aventura con la esposa del actor; tuvo siempre el máximo respeto por ella; y por todas las mujeres, cuyos derechos defendió en sus comedias. Para convencerse de ello, basta leer sus obras conocidas como «dramas femeninos»: «Morir pensando matar», «La vida en el ataúd», «Cada cual lo que le toca», «Casarse por vengarse» y tal vez alguna otra que he podido olvidar en este instante. En estas obras, destacan las mujeres por su actitud activa y rebelde ante ciertas imposiciones sociales. Crea o pone de manifiesto Rojas Zorrilla un código de honor de las féminas que pudo parecer extraño a sus contemporáneos, y las eleva a la categoría de «heroínas de acusada personalidad», salvando sobre todo su derecho de amar, su libertad de elegir a quién querer, el reconocimiento de una sensibilidad femenina en relación con el sexo opuesto. En una palabra, hay un aire feminista en las obras de mi alumno que alguien llegó a llamar impropio de su época, impropio de una sociedad en la que la hegemonía masculina estaba impuesta. Tengo verdadera esperanza en que, cuando yo esté contando esto en los albores del siglo XXI, las ideas sobre esta clase de derechos de la mujer estén mas de acuerdo con los pensamientos del que fuera mi protegido e hijo de mi amigo el alférez Francisco Pérez de Rojas.

No sé por qué he dicho «mi protegido», pues en verdad sólo lo fue mientras era niño; la protección importante le llegó con los favores de Felipe IV al haberle gustado al monarca los halagos del poeta en su soneto sobre «Felipe el Grande». Siguió el Rey con interés la trayectoria de Rojas Zorrilla y, admirado por su capacidad para escribir recogiendo las realidades de aquella sociedad, llevarlas a la escena teatral y hacer con ello las delicias del público, le hizo la merced de concederle el hábito de Santiago. Mas este honor llevaba implícita la apertura de una especie de expediente de honores, para lo que se nombró un juez por el Consejo de Ordenes Militares, viniendo a recaer tal nombramiento en el doctor Álamo. Desconfiaba yo de la neutralidad de aquel juez, y se confirmó mi desconfianza; en la obligada toma de declaraciones a vecinos de Toledo, buscó el tal Álamo a ciertos vecinos enemistados con la familia de mis amigos para que declarasen una supuesta ascendencia morisca y judaizante de antiguos miembros de la familia, pretendidamente quemados por la Inquisición. Con la influencia del Rey, nombróse un nuevo juez, esta vez

a Francisco de Quevedo, de cuyo informe se dedujo que el único inconveniente posible sería el haber ejercido su padre de escribano en Murcia; inconveniente que no lo era, pero que de todas formas fue dispensado por el Papa en Roma.

Mas no fue este el único honor que el Rey concedió a nuestro poeta; pues con anterioridad le había nombrado fiscal de las fiestas literarias que se organizarían con motivo de la venida a España de la princesa de Carignan y la duquesa de Chervreuse, encargándole también la redacción de los vejámenes obligados como epílogos de aquellas justas poéticas, que se celebrarían en el palacio del Retiro. Un cronista de la época, Barrionuevo, publicó en uno de sus «Avisos» o «Relaciones», al parecer semanales, la noticia falsa del fallecimiento de Rojas Zorrilla. En una de estas publicaciones del 24 de abril de 1638, lo relataba de la siguiente manera: «Viernes sucedió la desgraciada muerte del poeta celebrado don francisco de Rojas, alevosamente, sin que se haya podido penetrar la causa del homicidio, si bien el sentimiento ha sido general por su mocedad».

Cuando leí esta noticia, se me heló la sangre en las venas. Yo ya vivía en Madrid y en vez de buscar confirmación en el domicilio paterno, decidí dirigirme al palacio del Retiro a recabar la verdad. Un palafrenero me puso al corriente de lo esencial: Rojas había quedado mal herido, pero no muerto. En cuanto a «la mocedad» a que hacía referencia el cronista, no lo era tanto. Sepan que cuando este suceso contaba mi discípulo 31 años de edad, y que la media de vida la teníamos entonces en 45. Dadas estas circunstancias, tal vez el epíteto de «mozo» no parezca hoy el más adecuado, mas, a pesar de que la apariencia juvenil de que gozaba Francisco pudo influir en la descripción del Barrionuevo, no olvidemos que pudo tener en cuenta su soltería. En mis viajes a través del tiempo, no ha mucho que oí este cantar: «qué haces ahí mozo viejo que no te casas, que te estás arrugando como las pasas». Mozos, jóvenes o viejos: los solteros. Rojas no se casó hasta los 33, edad que hoy puede parecer normal, cuando vuestra esperanza de vida está, según tengo entendido, pasados los 80 años. Les recordaré sólo dos casos de compañeros de letras que se casaron a edades más tempranas: Garcilaso de la Vega, que casó a los 23, y Félix Lope de Vega que contrajo matrimonio, por poderes, pues estaba desterrado de Madrid, contando los 26.

Al mes siguiente, Barrionuevo vuelve a dar la noticia de esta manera: «Ha corrido voz por la corte que la muerte, sucedida en días pasados,

del poeta Francisco de Rojas, tuvo su origen del vejamen que se hizo en el palacio del Retiro las Carnestolendas pasadas, de donde quedaron algunos caballeros enfadados con el dicho».

Yo presencié algunos de estos vejámenes en los que, aunque era obligación del redactor burlar a algunos de los contendientes en los torneos literarios, con poemas o cantos satíricos, hemos de reconocer que el caballero ridiculizado se sintiera ofendido al haber provocado las risas de los numerosos asistentes a las fiestas de aquellas Carnestolendas en el palacio del Retiro, donde se daba cita la flor y nata de aquella sociedad madrileña, y buscara venganza con su espada.

No he podido encontrar entre mis notas el vejamen que casi costó la vida a Francisco de Rojas. Sólo he hallado uno de su mano que, por vejar a Jesucristo, no me parece oportuno recitarles. Sin embargo, he encontrado entre mis papeles de viejo escribano algún que otro vejamen de la época sin clara autoría, a los que, ayudados por mis amigos del siglo XXI José Luis Navas Cobos, profesor del Conservatorio de Música, y la también profesora y académica María Victoria de Ancos; tras haberlos floreado para vuestros paladares poniéndoles la música del uno y la voz de la otra, tendremos el placer, ustedes de escuchar por vez primera, y yo de recordar y sumergirme en las caricias de las nostalgias de mi pasado.

Venga el señor Juan primero
que es mayor asno en su casa
y es hombre que ha un año entero
que en estercolarse pasa
aquellas barbas de cuero.
Es predicar en desierto
pedir que un ojo enderece (...).
Yo le preguntaba ayer
por qué saca, cual camello,
la barba, y es por temer
que no tropiece en el cuello
y se le estorbe al nacer.

———————————————

Por llamarle alma del cielo
pienso que se ha de engreír

este cara de mochuelo,
que más parece buñuelo
de viento, a medio freír.
¿Dónde las barbas están
señor cara de alcar(r)aça?
Como siempre juntos van,
la mona parece Juan
y aqueste tanto la maza.

Escuchadas lindezas parecidas por el destinatario de los exabruptos, presente en las tertulias poético-literarias, no extrañe a vuestras mercedes el enojo y las estocadas como respuesta. Y no os extrañéis tampoco de que algunos de los presentes allí, como el cronista Barrionuevo, no tuviera reparos en apresurarse a pregonar la muerte del poeta de los vejámenes, más que por confirmada, tal vez por deseada.

Afortunadamente para el hijo de mi amigo, las estocadas recibidas, aunque le causaron heridas graves, no le causaron la muerte. Mas sé muy bien que no todos los damnificados por los vejámenes respondían de la misma manera. Otros había que respondían con las mismas armas que el redactor, es decir, con la palabra, pero sólo insultando pálidamente. Uno de estos bien pudo haber sido el autor de los siguientes versos que tengo recogidos de un «Bexamen» de 1646.

Es tu pequeñez notada
por menos que un camarón
pues nadan los que lo son
y ese camarón no nada;
y aunque el camarón te agrada
por cifra se ha conocido
que anduviste inadvertido
en traerle, pues encima
los que son buenos traen lima
y tú eres un desabrido.

Terminaré esta mi intromisión en vuestros días cuatrocientos años después de ocurridos los hechos narrados, tratando de distraerles con una

muestra que recuerde aquellas fiestas en las que el público se reunía a divertirse escuchando a los artistas más renombrados de su época. Para ello, el Corregidor Molina de los comienzos del siglo XXI, con el beneplácito de todo el Concejo y auxiliado del regidor cultural Cirujano, organizadores del centenario que festejamos en este teatro municipal que, de «Mercado de Fruta» pasó a «Corral de Comedias», para después de diversas mutaciones llegar a ser el Coliseo que lleva el nombre de mi discípulo, han querido elegir, con la inestimable ayuda del licenciado Plaza, a los mejores artistas también de este momento, para que no sean vuestras mercedes menos que aquellos espectadores del palacio del Prado. Y tendremos, para el deleite de todos, el regalo nuevamente de la música y la voz de José Luis Navas y de María Victoria de Ancos; y de ver y escuchar después a los impagables artistas Francisco Valladares y Lola Herrera, con sus insuperables presencia y voces.

———————————

Finalizo los recuerdos de mis días, que fueron los de Francisco de Rojas Zorrilla, rememorando aquellas justas poéticas, sin otra música que las insuperables voces de los ya mencionados Lola Herrara y Francisco Valladares.

———————————

Tomé nombre prestado en esta conferencia.
Recuperado el mío,
Recobro la razón.
Pido a ustedes perdón
por mi insolencia
y agradezco de veras su paciencia.
Y a los artistas llegados del siglo XXI,
pido al Olimpo les conceda
de su arte trocar ciento por uno.

He dicho.

PALABRAS DEL SR. ALCALDE A LA FINALIZACIÓN DEL ACTO

Señoras y señores miembros de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; estimados amigos Félix del Valle, José Luis Navas, Maria Victoria de Ancos, Paco Valladares, Lola Herrera, muchas gracias por su participación en este bello acto. Ha sido un gran inicio a las actividades del homenaje a nuestro excelso dramaturgo Rojas Zorrilla. Desde este momento todos ustedes han entrado a formar parte de la historia cultural de nuestra ciudad y de nuestro teatro. Algún día, cuando alguien relea las crónicas de esta sesión, se recordará cómo el 31 de enero de 2007 la ciudad de Toledo honró a Rojas Zorrilla en el cuarto centenario de su nacimiento; en esas crónicas sus nombres destacaran con letras bien gruesas y muchos podremos decir con orgullo a nuestros hijos y nietos que estuvimos aquí y que disfrutamos de una excepcional velada musical, poética y literaria.

Muchas gracias a todos por su asistencia y quedan invitados a los próximos actos del Año Rojas Zorrilla en Toledo.

* * *

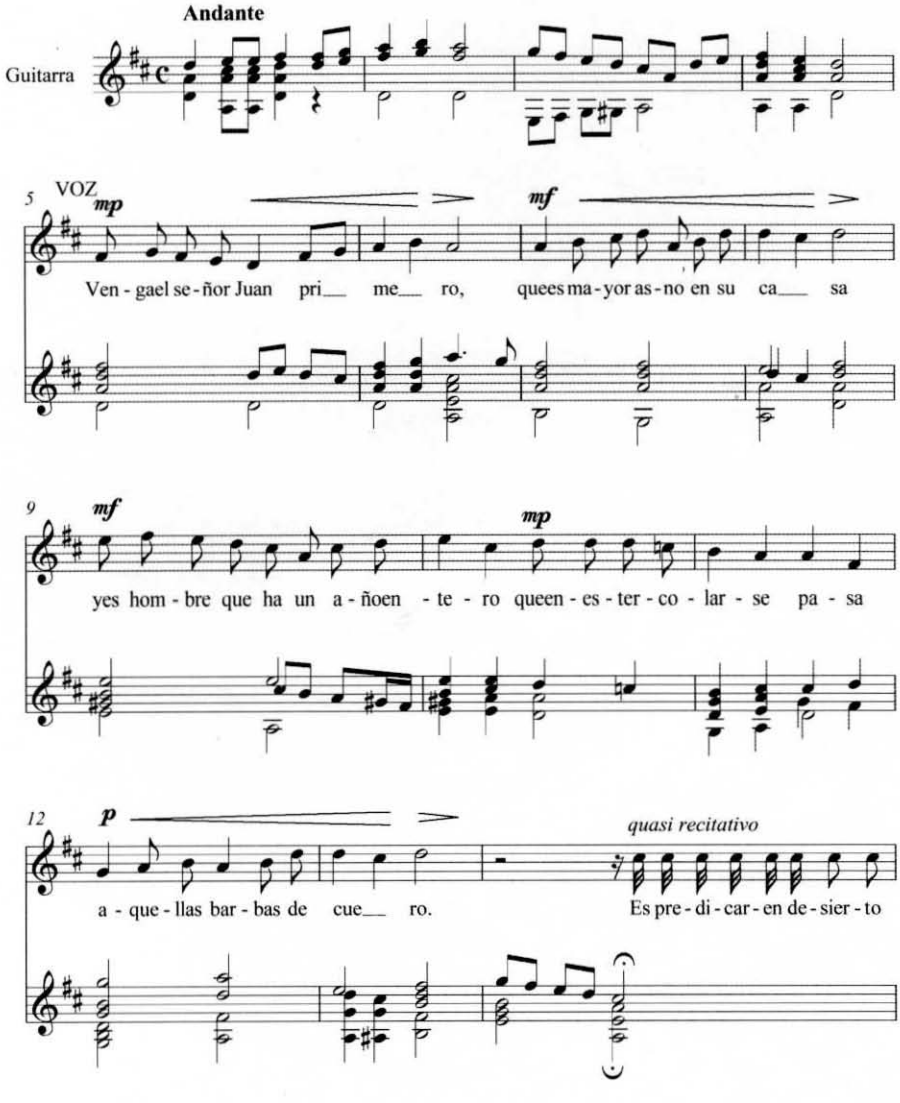
Por último, el Sr. Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Histórica de Toledo dio por concluida la Sesión Académica.

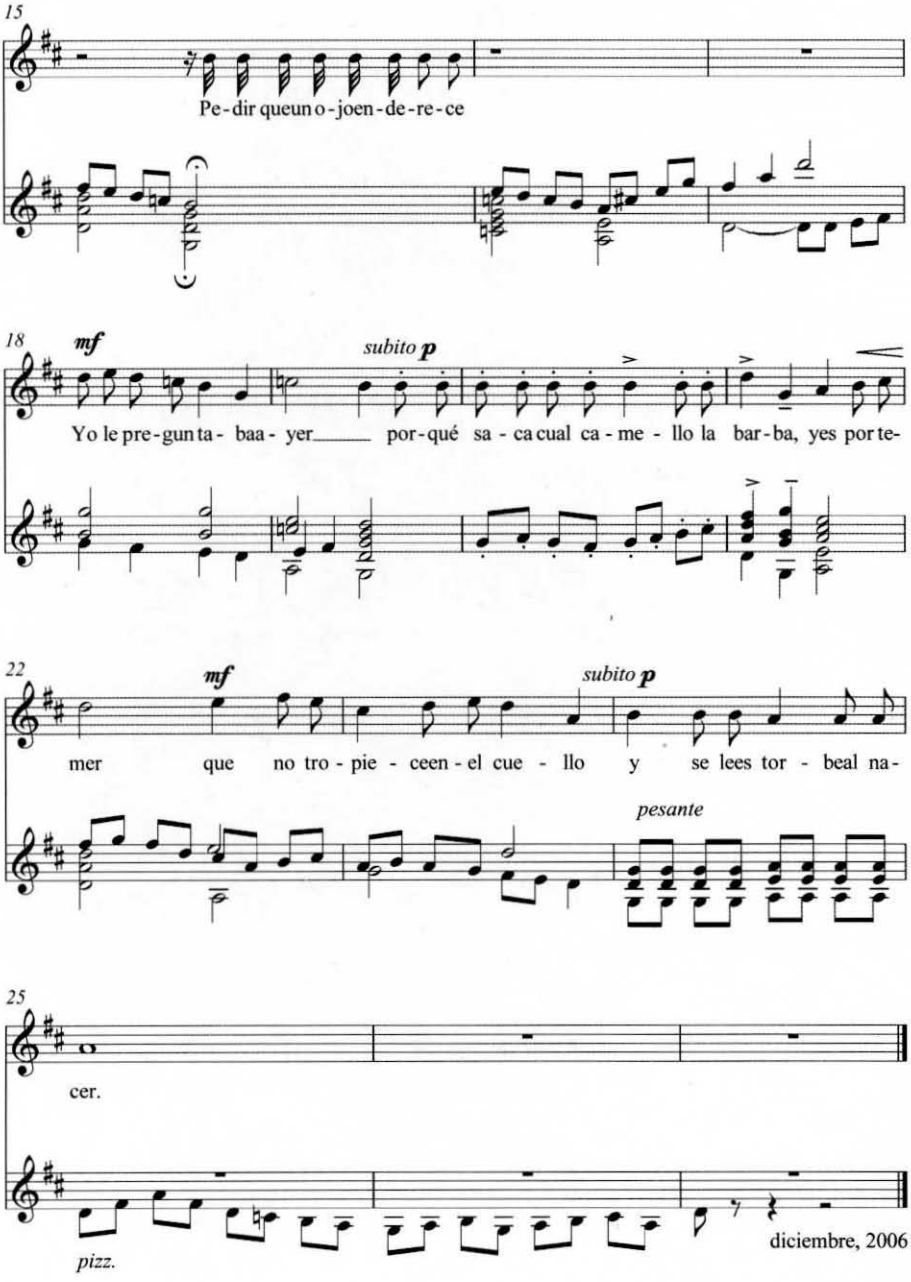
PARTITURAS DE LOS TEMAS INTERPRETADOS EN LA SESIÓN ACADÉMICA DE APERTURA DEL IV CENTENARIO DE FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA

Venga el señor Juan primero

Vejamen S. XVII

José Luis Navas

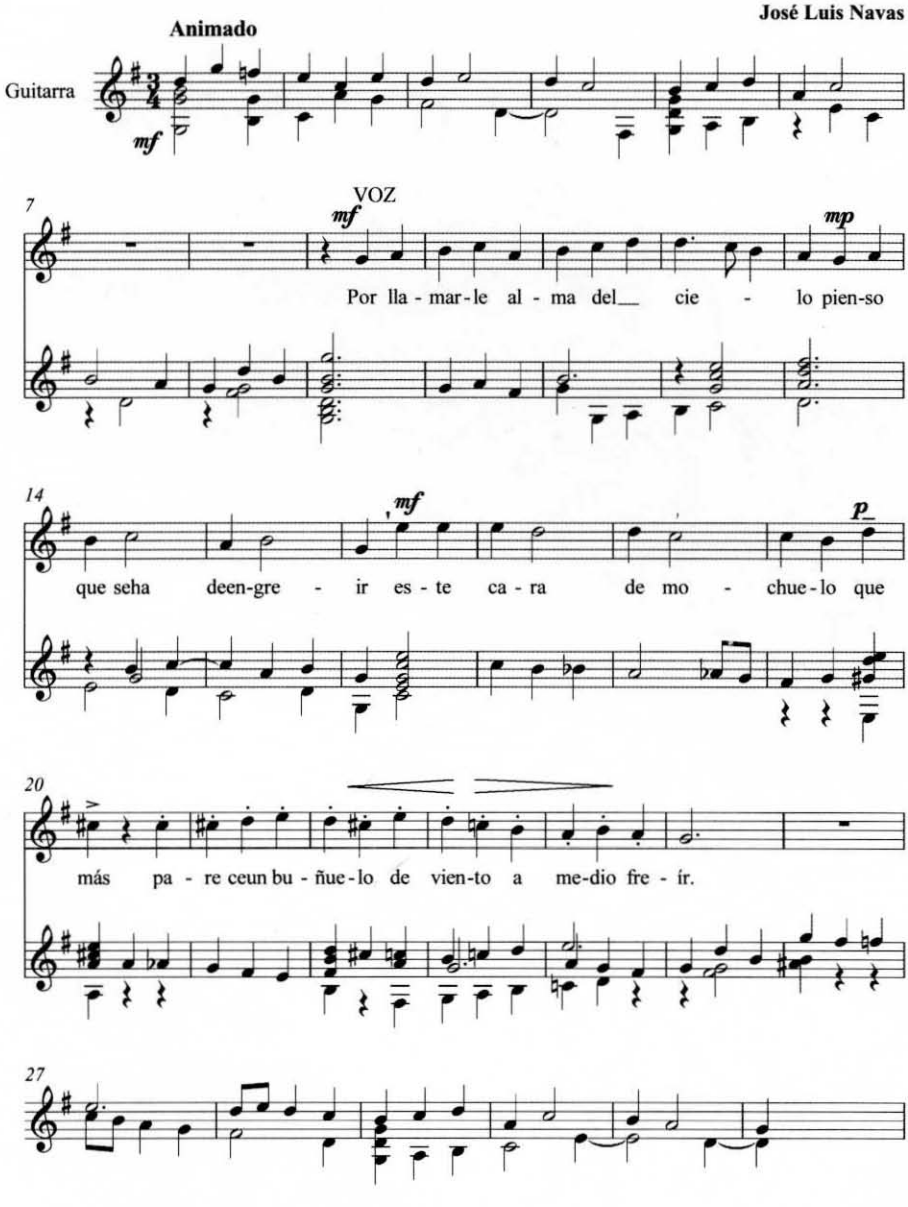


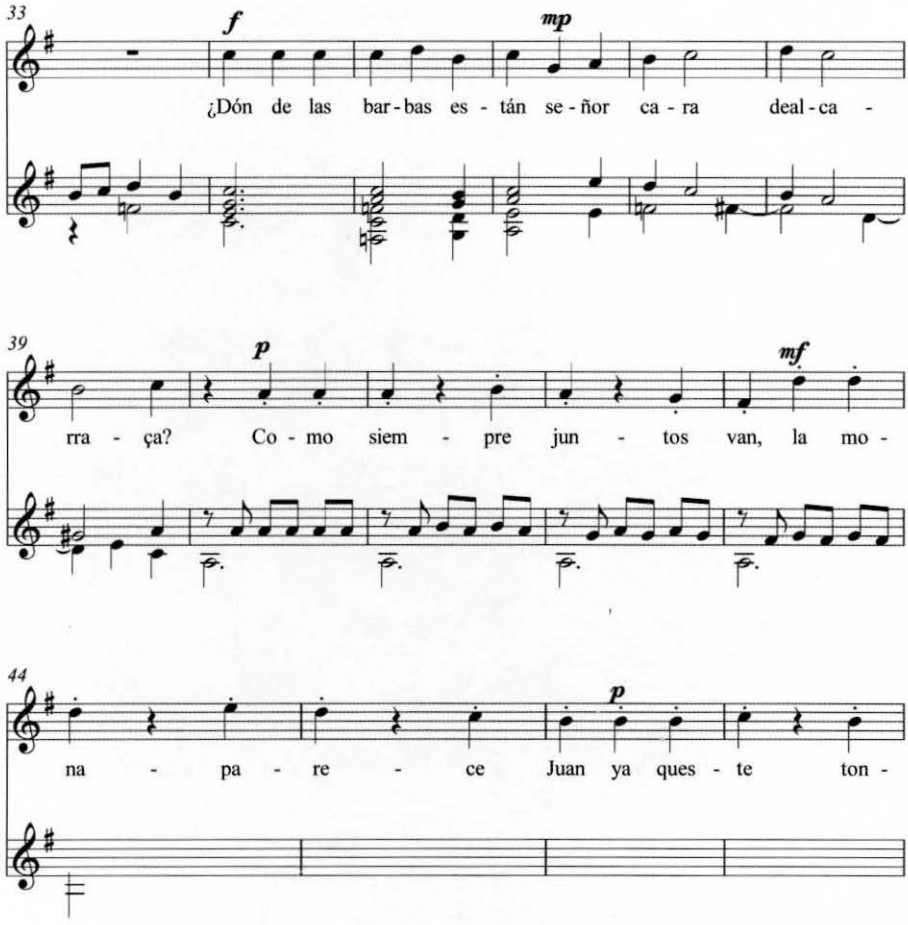


diciembre, 2006

Por llamarle alma del cielo

Vejamen S. XVII

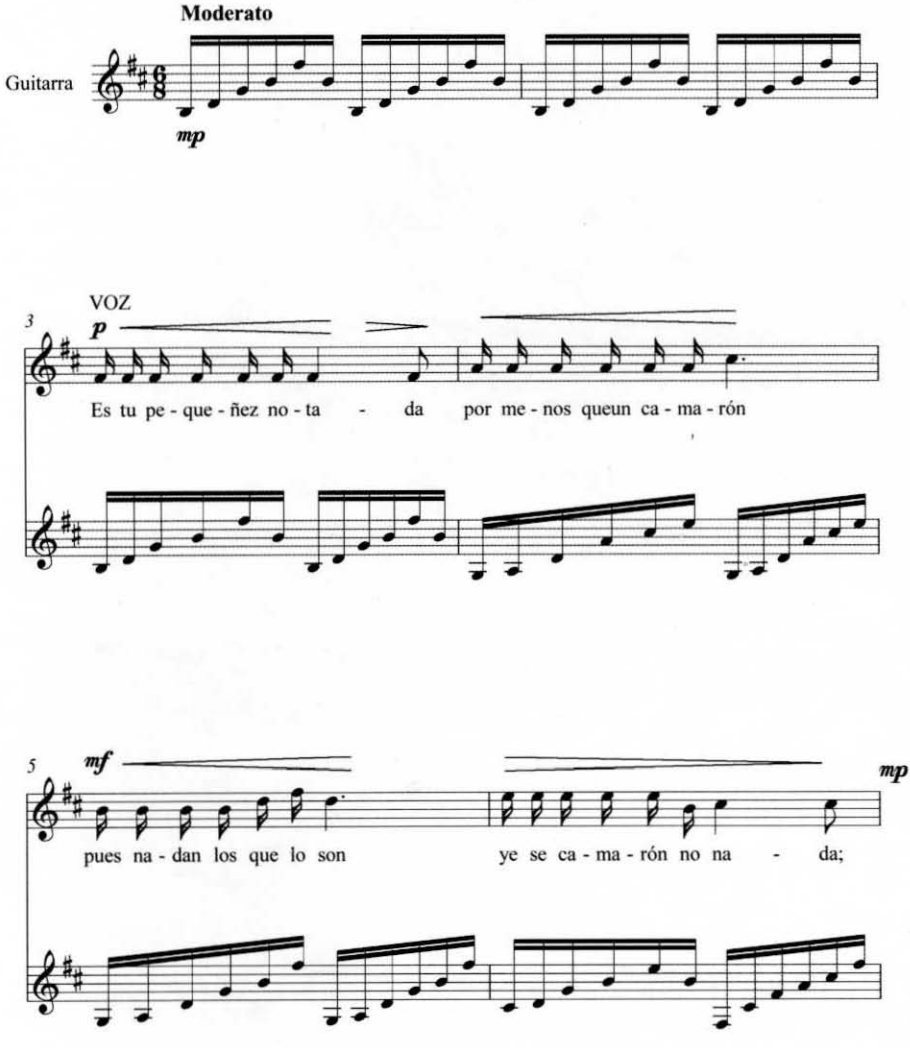


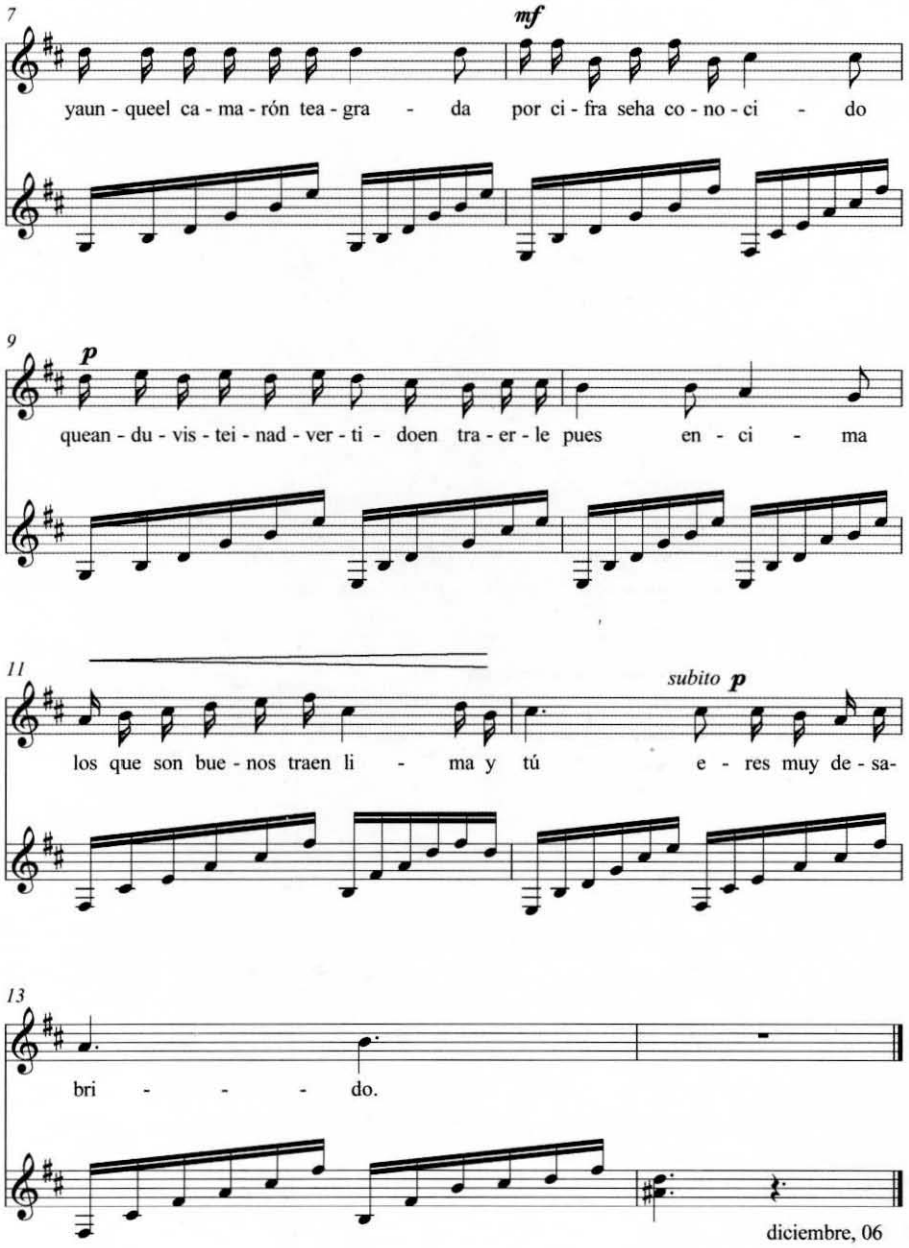

33
f
mp
¿Dón de las bar-bas es - tán se-ñor ca - ra deal-ca -
39
p
mf
rra - ça? Co - mo siem - pre jun - tos van, la mo -
44
p
na - pa - re - ce Juan ya ques - te ton -

Es tu pequeñez notada

Vejamen S. XVII

José Luis Navas





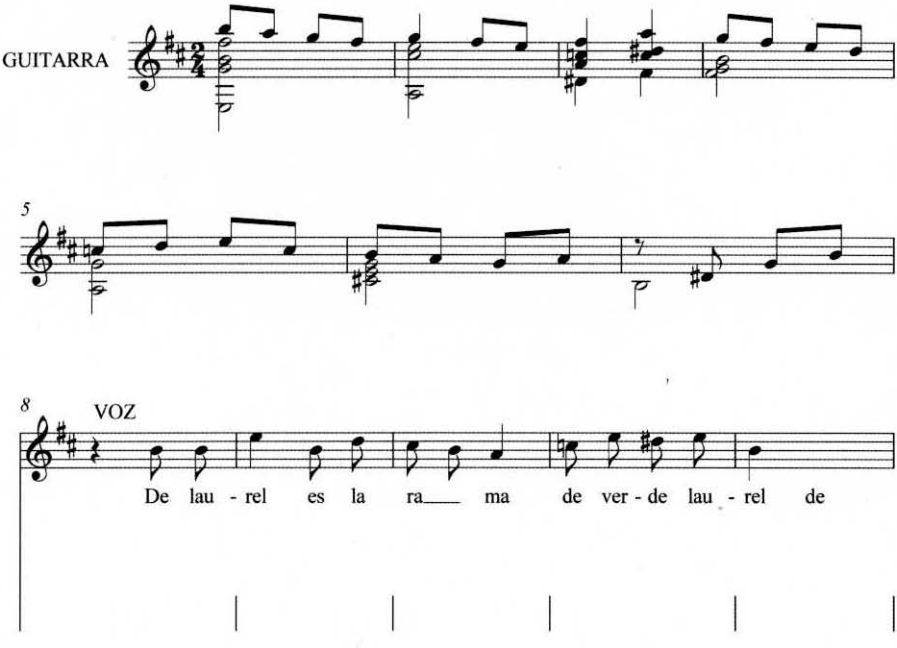
diciembre, 06

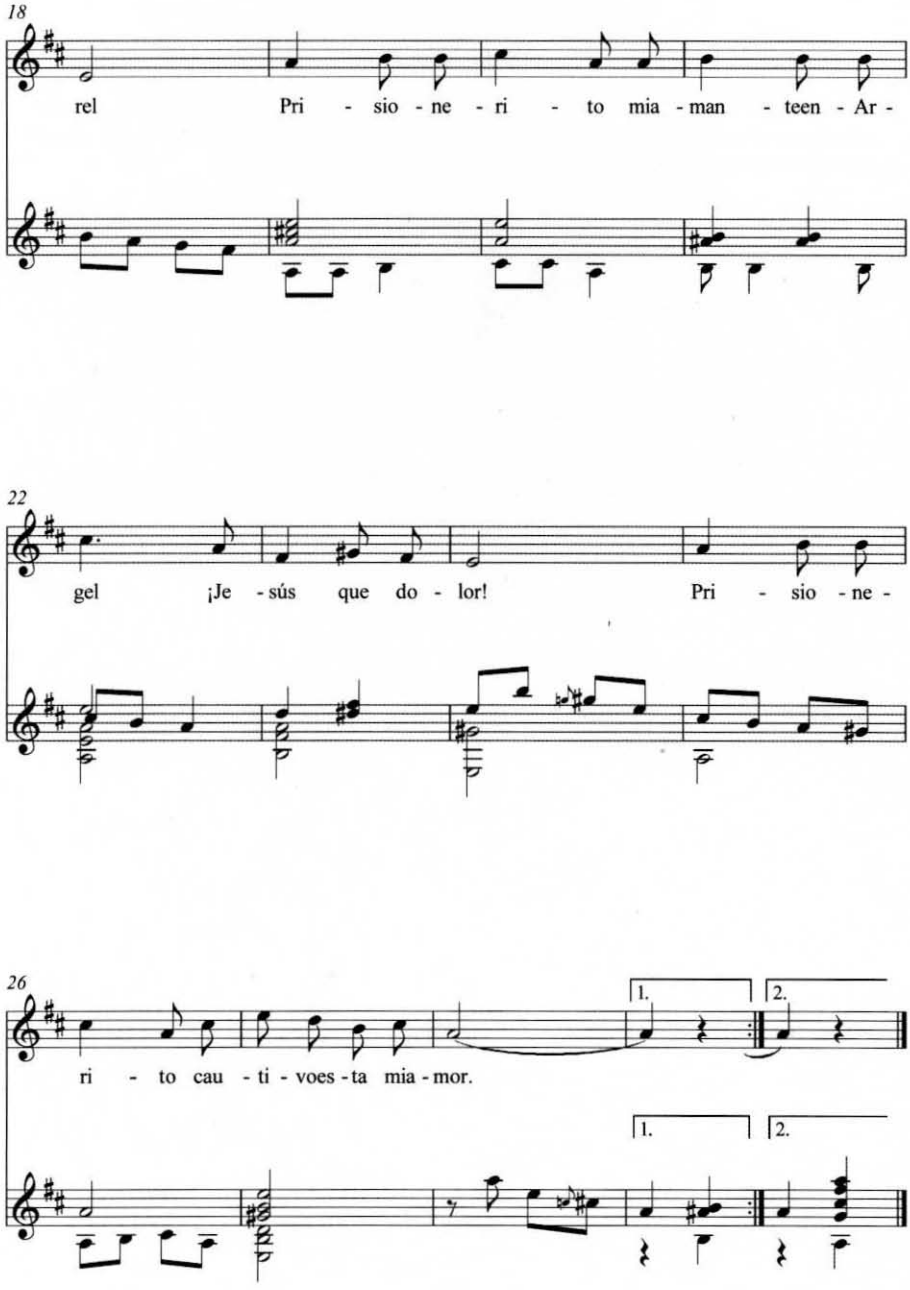
La rama de laurel

Tonadilla manchega

Canción popular del S. XVII,
recogida por Manrique de Lara

Armonizada y arreglada por
José Luis Navas



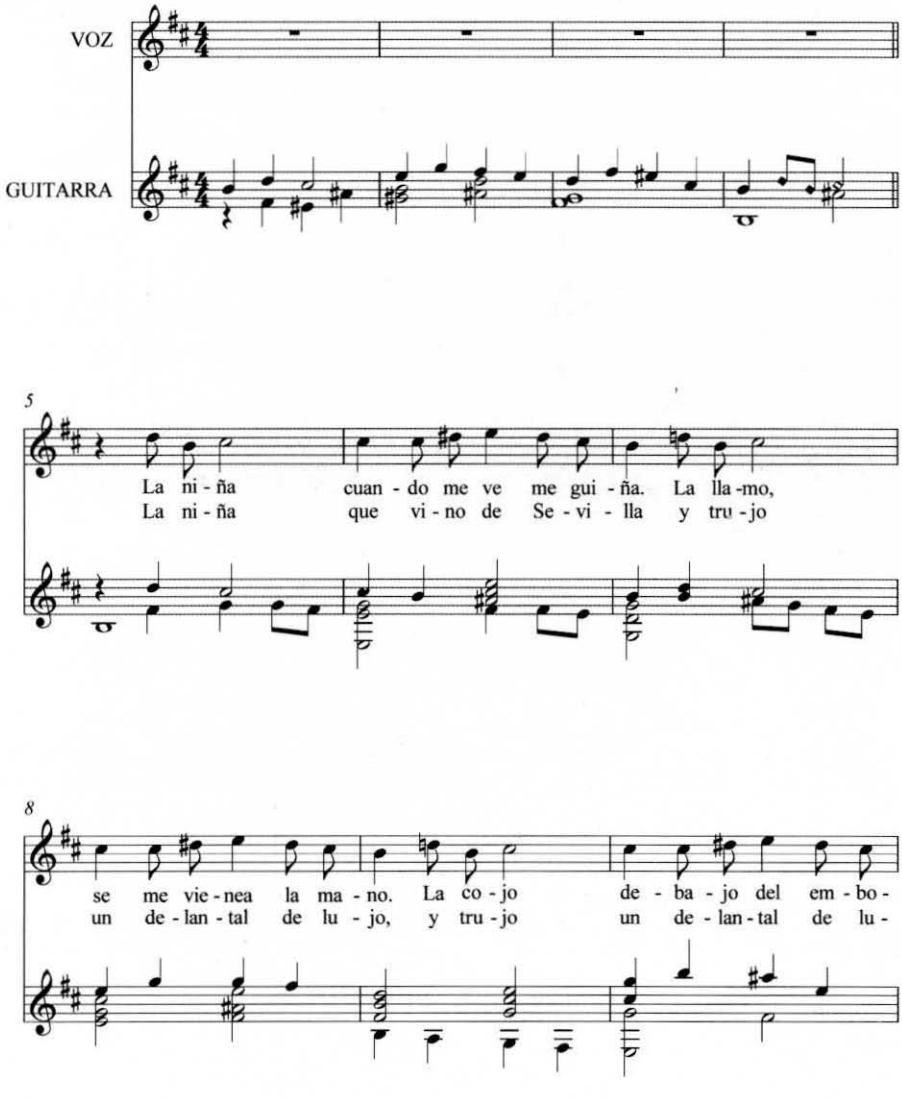

18
rel Pri - sio - ne - ri - to mia - man - teen - Ar -
22
gel ¡Je - sús que do - lor! Pri - sio - ne -
26
ri - to cau - ti - voes - ta mia - mor.
1.
2.

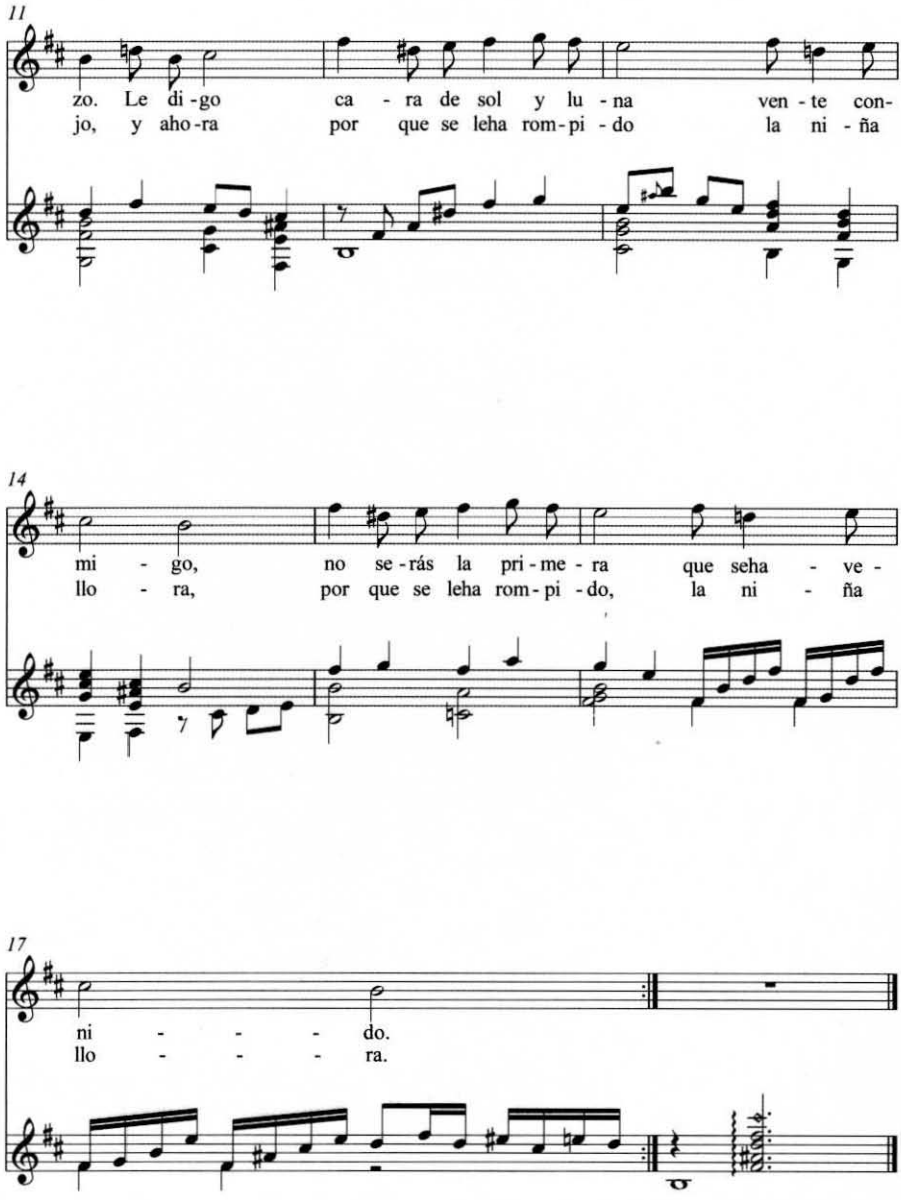
La niña

Gañanada manchega

Canción popular del S. XVII,
recogida por Manrique de Lara

José Luis Navas



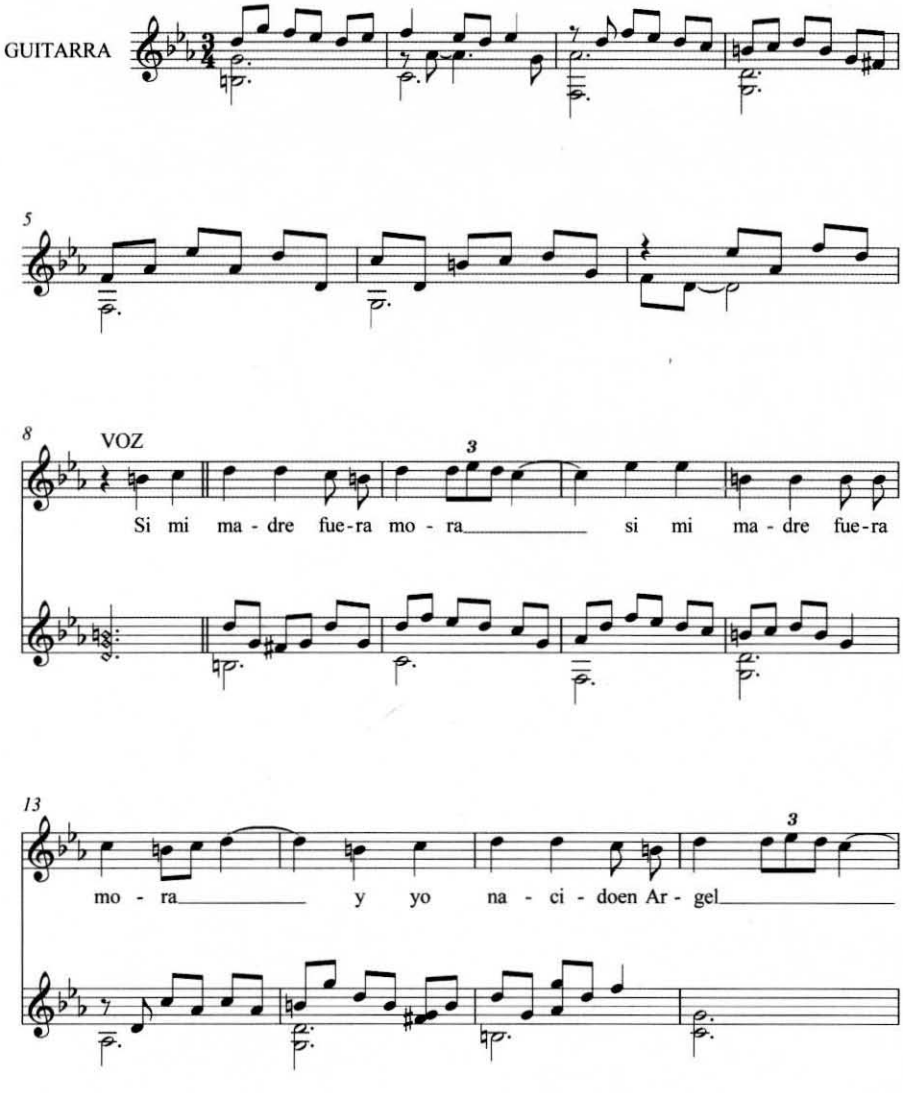

11
zo. Le di-go ca - ra de sol y lu - na ven - te con-
jo, y aho-ra por que se leha rom-pi - do la ni - ña
14
mi - go, no se-rás la pri-me - ra que seha - ve -
llo - ra, por que se leha rom-pi - do, la ni - ña
17
ni - - - do.
llo - - - ra.

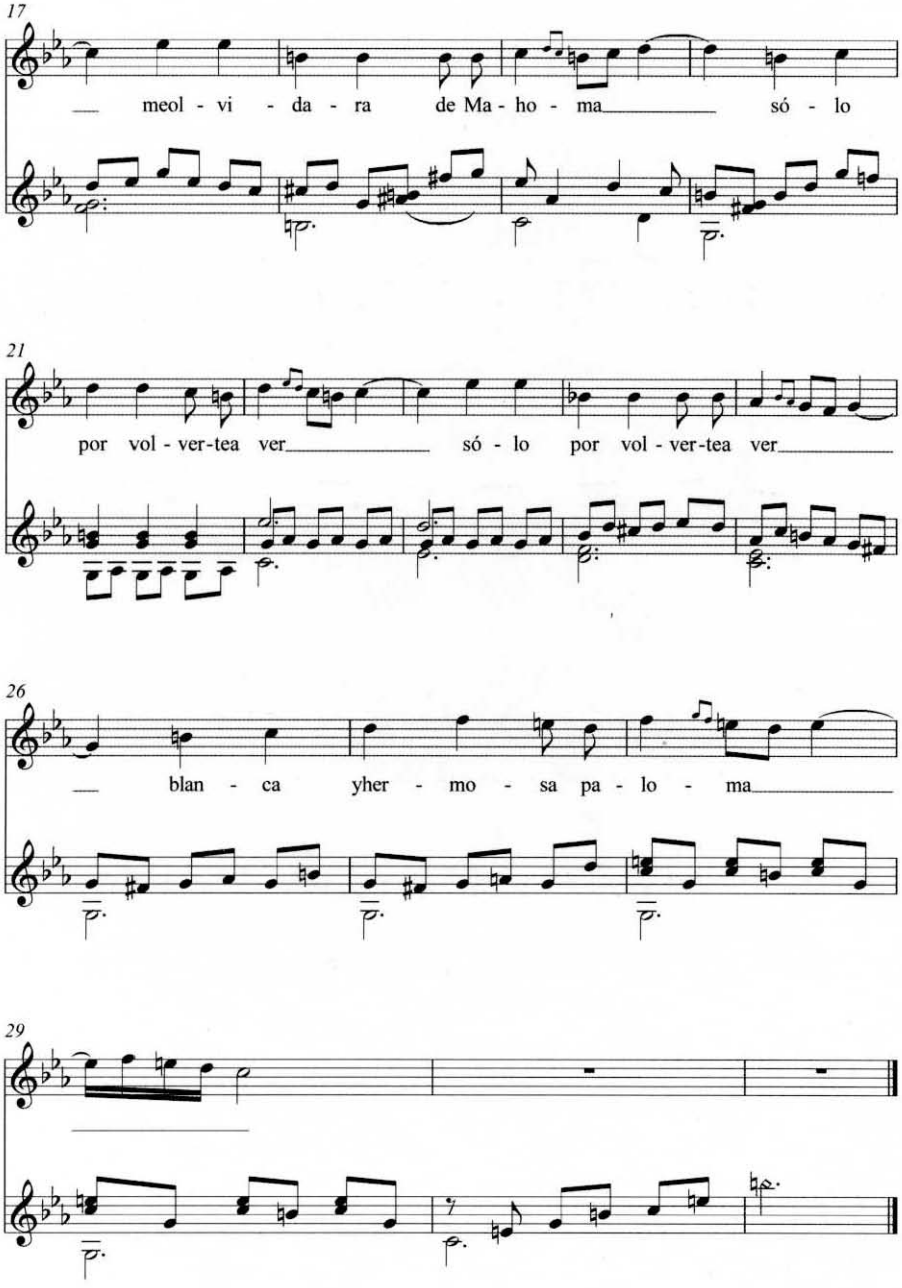
Si mi madre

Jota antigua, de Aben-Jot

Canción popular del S. XVII,
recogida por Manrique de Lara

Armonizada y arreglada por
José Luis Navas

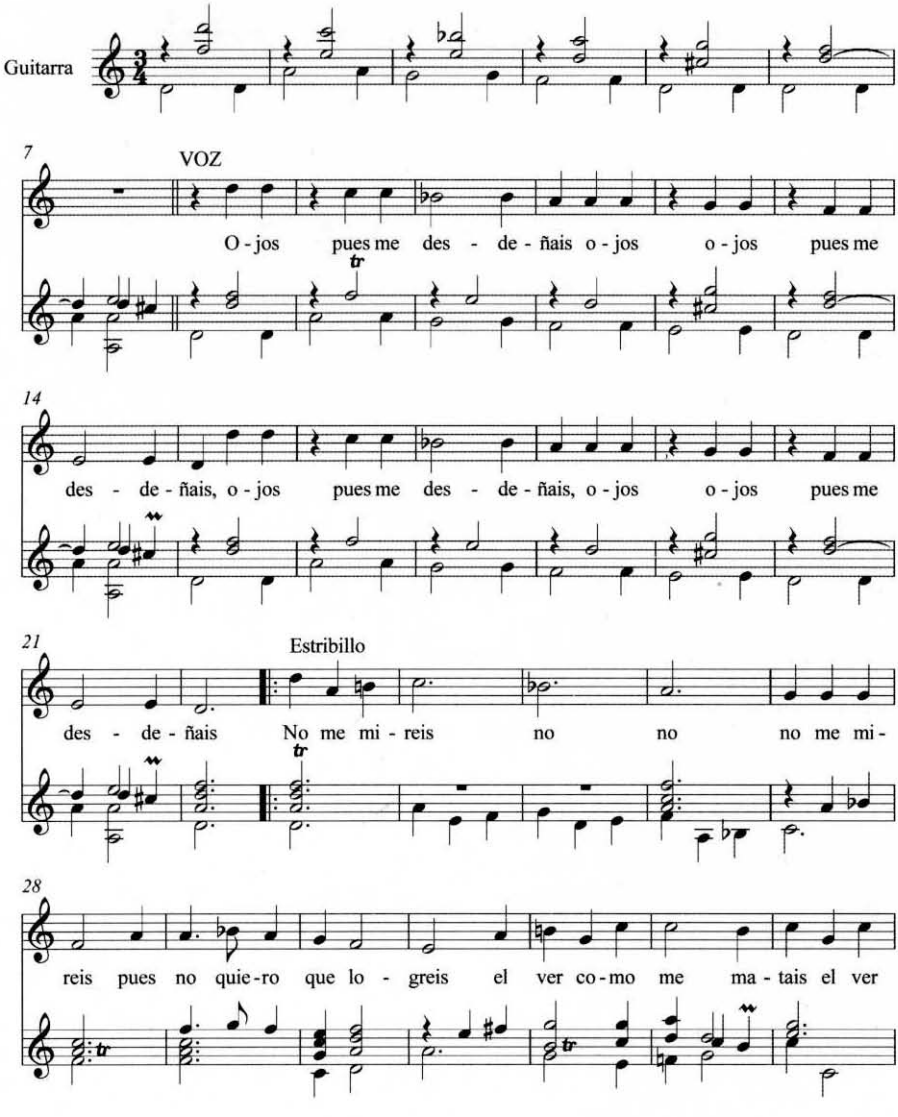


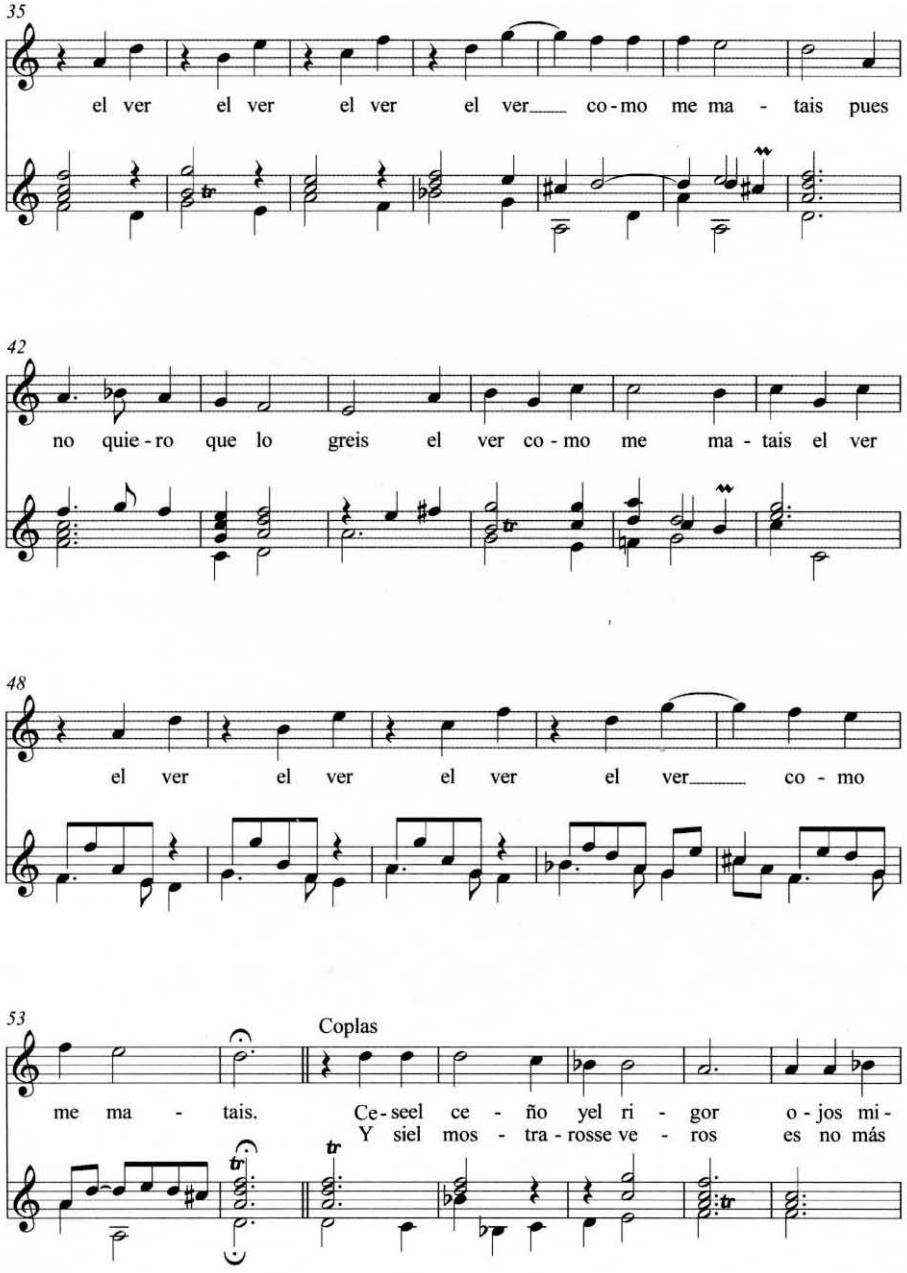

17
meol - vi - da - ra de Ma - ho - ma só - lo
21
por vol - ver-tea ver só - lo por vol - ver-tea ver
26
blan - ca yher - mo - sa pa - lo - ma
29

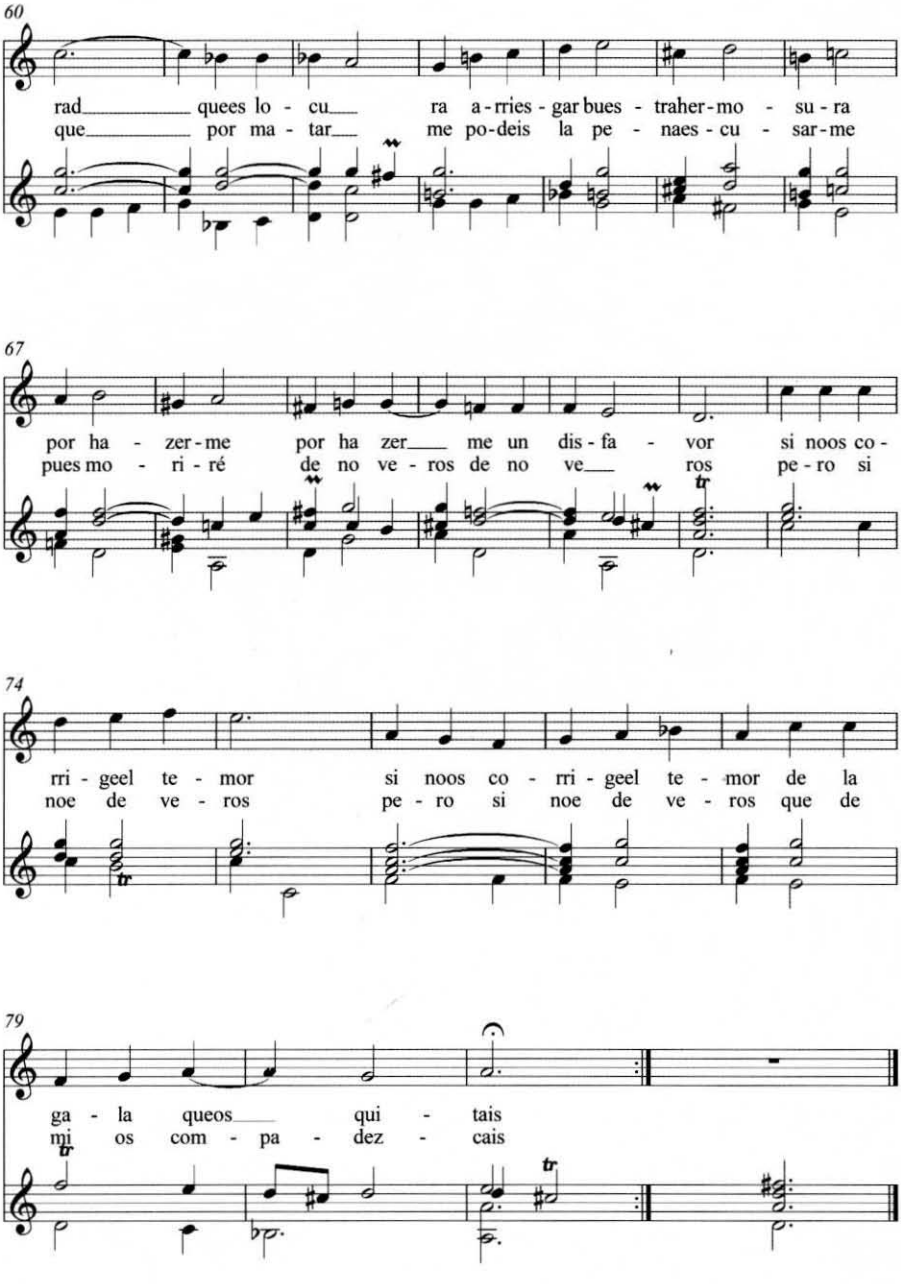
Ojos pues me desdeñais

Realización de José Luis Navas

José MARIN (S. XVII)




35
el ver el ver el ver el ver co-mo me ma - tais pues
42
no quie-ro que lo greis el ver co-mo me ma-tais el ver
48
el ver el ver el ver el ver co - mo
53
me ma - tais.
Coplas
Ce-seel ce - ño yel ri - gor o-jos mi-
Y siel mos - tra-rosse ve - ros es no más


60
rad quees lo - cu ra a-rries - gar bues - traher-mo - su - ra
que por ma - tar me po-deis la pe - naes - cu - sar-me
67
por ha - zer-me por ha zer me un dis - fa - vor si noos co -
pues mo - ri - ré de no ve - ros de no ve ros pe - ro si
74
rri - geel te - mor si noos co - rri - geel te - mor de la
noe de ve - ros pe - ro si noe de ve - ros que de
79
ga - la queos qui - tais
mi os com - pa - dez - cais